**DOMINGO XI DURANTE EL AÑO-B**

El evangelio de hoy nos presenta el método que Jesús usaba para enseñar acerca del Reino de los Cielos: las parábolas. Por medio de ejemplos de la vida cotidiana, Jesús hablaba acerca de las cosas del cielo. Por qué no hablaba directamente? Quizás porque el ser humano ha perdido la capacidad interior de recordar hacia dónde va; de ver la presencia de Dios en su vida; de entrar en su corazón para hablar con Dios; de caminar en la tierra con los ojos puestos en el cielo. Por eso Jesús usa el ejemplo de una semilla: algo tan simple y tan pequeño para hablar sobre algo grande y eterno: el Reino de Dios. Y ¿por qué pone este ejemplo de una semilla que germina en la tierra? Porque el Reino de Dios ya está aquí en medio de nosotros. Ya se comienza a vivir desde ahora.

En la primera parábola, Jesús compara al reino de los cielos con un hombre que siembra una semilla en la tierra. El texto dice que la tierra produce primero un tallo, después una espiga y luego grano abundante. Según algunos Padres de la Iglesia, aquí nos encontramos con un proceso o itinerario de tres etapas en la vida espiritual: el tallo, la espiga y el grano, para después ser un fruto maduro.

1-**El tallo** es el inicio del encuentro con Cristo: es el primer momento en el cual el corazón del hombre se enamora de Dios, se fía de Él, se siente atraído por Alguien que ha superado sus expectativas. El corazón se siente atrapado por Alguien que lo ha encontrado disperso, solo, inquieto, abandonado. Es el primer encuentro con la Palabra, con la Eucaristía, con la Iglesia. En este momento, todo parece sencillo y sin contratiempos. Sólo hay que crecer y dejarse ayudar.

2-**La espiga** es el momento en el cual el corazón siente que debe dar una respuesta a Aquél que lo ha llamado, a Aquél que se ha fijado en la simplicidad de su pequeño corazón. Por eso en el tallo va apareciendo la espiga. Siempre que se da una respuesta a una llamada, luego aparecen las consecuencias, en las cuales no se piensa en los inicios. Es más grande la alegría o la atracción que las adversidades que puedan aparecer después. La motivación por el Reino es grande. Es tiempo de crecer con fuerza y de elevarse hacia Dios con la oración y las obras de amor por el prójimo.

3-**El grano** finalmente aparece después de un tiempo de crecimiento. Implica espera, vigilia, perseverancia. El grano no aparece si no se espera el tiempo justo. Nadie lo apura, nadie lo corre. El grano se toma su tiempo para aparecer. Es un tiempo que lo necesita. Es el momento en el cual todo el primer encuentro con Dios se va mostrando en las obras de caridad con el hermano. El grano ya no puede volver a ser espiga o semilla. No puede volver a la tierra. Ya se encuentra en otra situación: el único camino que le queda es seguir adelante. Aunque el corazón siente en algunos momentos querer volver atrás porque el miedo a lo desconocido lo entristece; no encuentra certezas porque una vez producido el fruto deberá abandonar el tallo y la espiga, e irá a otro lugar, el cual ahora no conoce. Hay un deseo de madurar, pero a la vez, siente miedo de no poder llegar a ser pleno, de no ser amado, de no ser él mismo. Es lo que le pasa a una pareja de novios que deciden casarse: es el tiempo de abandonar la casa paterna y de hacer su propio hogar, su propia casa. Pero, tanto el hombre como la mujer, se sienten en un momento de tensión entre lo que dejan y lo que vendrá; entre la seguridad de su familia y la interrogación de su capacidad para formar su propia familia. Lo nuevo da miedo pero también esperanza. Un niño que está aprendiendo a caminar, también vive lo mismo; un joven que quiere ser sacerdote o una chica que quiere iniciar una vida religiosa, también experimentan lo mismo. Pero, hay que animarse a convertirse en fruto maduro: es el único modo de ser vida para los demás.

La segunda parábola es la del grano de mostaza. El Reino de los Cielos que ya estamos viviendo aquí en la tierra, parece ser pequeño en comparación con los grandes potentados de la tierra, porque las cosas de Dios parece que no se ven. El tema es que existen y son muy reales. El problema es que el hombre ha perdido justamente la capacidad de entablar un diálogo concreto con Dios. Prefiere hacer crecer grandes empresas económicas y no las empresas de Dios. Por eso Jesús presenta el reino de Dios como una semilla muy pequeña, o extremadamente pequeña, casi insignificante, pero que dentro suyo tiene un potencial incomparable, que sólo lo ven aquellos que están abiertos a verlo. Quien recibe en su interior esta semilla, y la hace crecer, podrá ver el milagro del amor que se expande cada vez más en su corazón. Y pensar que todos hemos recibido esta semilla, pero como es tan pequeña, creemos que no sirve o que no va a crecer nunca en medio de un huerto lleno de otras grandes plantaciones. Pero, quien sabe esperar el crecimiento, puede constatar que al final, las cosas de Dios son las que permanecen o son las que plenifican al hombre. Es cuestión de esperar, porque quien hace crecer es Dios y no nosotros, y Él sabe cómo y cuándo convertir la semilla en una planta que no sólo crezca para sí misma, sino también para los demás.